

DISCURSO DE INCORPORACION A LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA CORRESPONDIENTE A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Jézer González P.

Don Carlos Luis Sáenz Elizondo Hijo de la tierra

Me encuentro hoy aquí para cumplir con un rito, ya bicentenario, el de pronunciar el discurso de incorporación a fin de cumplir con este requisito de académico de número. Algo semejante a la vela de las armas, pero no para imitar a Amadís de Gaula o don Galaor, que fue muy discreto caballero, sino para rendir homenaje a otro Don Quijote. No nos hallamos como aquellos, en el espacio del castillo, y bajo las estrellas del Camino de Santiago, sino como éste, en el patio de una gran venta de un país en vías de desarrollo, y bajo otras estrellas.

Don Quijote no es el Caballero de la Triste Figura, va alegre por el mundo; aunque a veces arrugue el ceño. Su Dulcinea no es Aldonsa Lorenzo sino la enseñanza, el afán de mejorar la vida y de crear lo que todavía no es. Don Quijote ya no se llama Alonso Quijano el Bueno; sigue siendo el Bueno, pero no Alonso sino Carlos Luis, Carlos Luis Sáenz Elizondo, reducido luego, por la admiración, la gratitud y el amor de sus discípulos, al más breve Don Carlos.

Sus territorios no son los de la Mancha sino los entonces caseños, los caminos de tierra o de barro, según la estación; pero en algún recodo del camino o esquina del caseño está la sencilla construcción de madera, que el caballero de la pluma, el silabario, la aritmética o el poema que él mismo ha creado, trasmuta y transforma, por virtud de su amor y de su palabra, en el verdadero castillo encantado esencial de la niñez.

Allí entabló su descomunal batalla, combate que duró toda su vida, contra esa dimensión y aspecto oscuro del ser humano: la miseria, la pobreza, la ignorancia social, la enfermedad, y, sobre todo, contra el egoísmo del hombre al que opuso siempre su generoso altruismo.

Y libró esa su guerra en todos los espacios posibles: en el exterior paisaje de la patria, llámárase éste Esparza, La Caja, Escuela Porfirio Brenes; pero, en especial, entabló su lucha en el ámbito interior e íntimo de la conciencia y el alma humanas. Su condición de maestro en todos los rangos de la enseñanza le permitió y le dio acceso a ese espacio en el alma del niño, del adolescente y del adulto en todos los grupos sociales: obreros, peones, los maestros mismos, sus compañeros, y los intelectuales.

Su conocimiento de los problemas económicos y sociales que soportaban los trabajadores lo llevó a la actividad política. Aquí, militó en los partidos de izquierda. Fue candidato a la presidencia de la república por el Bloque de Obreros y Campesinos.

Pero siempre hizo una división clara y tajante entre el castillo y la venta, entre su actividad como maestro o profesor de la Universidad y sus intereses de partido. Nunca usó la cátedra para hacer política. En la poesía para niños también se observa esa separación. Y es aquí donde es más abundante su creación y en donde conquista sus poemas más conocidos y gustados de niños y adultos.

Su poesía para niños no es en realidad una poesía infantil sino una apoesía que a fuerza de claridad y sencillez logra la comunicación de temas y contenidos de la más válida creación poética. Es digno de destacar que el juego

con el tiempo, sobre todo, en esos poemas para niños logra crear una situación comunicativa en la que el niño siente como suya una experiencia que todavía es ajena, porque todavía le falta tiempo; pero así, de ese modo, la poesía logra también su función educativa creadora de valores. Un ejemplo de esa sencillez es este fragmento de *Yo tenía*:

Yo tenía una campana
y una torre
y un poblado
y tenía un tambor guerrero en mi pecho de soldado.
Yo tenía una princesa,
pordiosera de milagro,
más rica de su riqueza que los mismos Reyes
Magos.

Esta poesía para niños con frecuencia logra la formulación de los más difíciles temas y hace participar a sus infantiles oyentes en la experiencia ambigua de gustar del misterio de lo que no se puede expresar, como dijo alguna vez Jorge Luis Borges, pero sí aludir o mencionar. Se trata de la creación de símbolos de un denso poder comunicativo y a la vez claros, diáfanos, como es el caso de *Doña Ana* cuando el coro de niños canta: Ibamos a ver a doña Ana y no la lográbamos ver ¿Dónde doña Ana? ¿Doña Ana dónde? Ya sólo un eco de la canción. Mediante este recurso al empleo del imperfecto verbal, se da un desplazamiento del niño al adulto y del hombre al niño; pues al niño se le crea la ilusión de instalarse ya en su futuro, de vivir lo que le espera; al adulto o al viejo les propociona la otra ilusión: la de haber recuperado su pasado.

Otra es la circunstancia de sus últimos tres libros *Pilares del viento*, 1977; *El libro de Ming*, 1983; *Hijo de la tierra*, 1983. No se trata de poesía social ni política siquiera. Es una poesía creada desde una perspectiva materialista de la historia y de la acción de hombre, una visión de los trabajos de la humanidad a través del tiempo, el esfuerzo, la injusticia, la lucha y el dolor. Hoy en esa poesía la afirmación y la aceptación de la calidad de efímero del hombre como individuo; pero no de la especie. En ésta está la esperanza que contrapesa la caída del individuo en el tiempo, en lo pasajero. También son compensaciones la capacidad de amar y de ser solidario del hombre, su fuerza creadora y el goce estético del

mundo. El hombre se hace en la historia y mediante el trabajo, entre las cosas elementales y aún en mitad de tanto dolor innecesario, en la miseria y la oscuridad. De la conciencia de esa condición de instante propia de la temporalidad del hombre, surgen la solidaridad y el amor. Sólo en ese ámbito el hombre puede seguir haciéndose. De aquí también nace o se genera una posición ética contra toda forma del mal. Fundamentalmente el egoísmo, toda clase de esclavitud, y el mal social.

Contra el dolor y contra todo mal, surgen, se levantan los ideales de don Carlos Luis. Son sus *Pilares del viento*. Poetiza una utopía, en tanto se proclama un mundo de justicia, de paz, de alegría que no existe todavía; pero cuya creación es posible para el hombre por el hombre desde el hombre; porque es el suyo un mundo laico, es el mundo del *Hijo de la tierra*. *Los pilares del viento*, título del poema más extenso del libro, es un símbolo de difícil lectura; pues igualmente puede relacionarse con el hombre como aire, como sopro y como tempestad, y como haz de ideales del hombre y de la humanidad. No quiero, proponer aquí un análisis didáctico de la esa locución simbólica; sólo señalaré algunos de sus temas centrales: la maternidad y permanencia del PILAR y la no materialidad y movilidad o fluidez del VIENTO, y su integración en la unidad. De aquí su capacidad simbolizante. Ahora, como todo verdadero símbolo, es ambiguo en sí y en su contexto:

Los vi alzarse alguna vez,
allá en el horizonte
-tarde con fin de lluvia;-
sostenían esbeltos todo el cielo
claroazul, amatista,
de fe de incendio patente.
¡Los pilares del viento!
Abrí los ojos sobre el mar.
Amanecía

.....
Antes era tan pobre...
no poseía nada en la tierra;
todo era de los otros, todo
perteneía a otros con dientes,
rugidos y puños de hierro.
Aquella noche de la infancia
cayeron sobre mí
los pilares del viento
en el humilde entierro de mi padre.

Por momentos el poeta da por realizada la utopía; el anhelado tiempo de fraternidad, trabajo solidario y paz se ha realizado:

Ahora, en frente, el mar, y me consuelo
de tanta vela en tiempo desplegada:
¡cómo suben entre *los pilares del viento*
cómo suben sus esperanzas hombres nuevos
con los brazos en cruz de gaviotas
en vuelo fraterno!

Otro de los claros pilares del viento es el
propio cuerpo.

Tranquilizemos, algo, en inocencia,
al cuerpo compañero,
abandonándolo a él mismo,
-otro pilar intenso
del instante y los días pasajeros-,
.....
para que se recobre, querido árbol,
del bien y del mal, con su golpe de sangre
y raíces de misterio.

En última instancia, los pilares del viento
son símbolo de un hombre efímero y de sus
ideales. Ese viento hace y también deshace
todo:

Cuando vuelvas de donde vuelves,
en mitad del camino de la vida,
besa las piedras del sendero con tus ojos;
ellas, en su duro silencio establecido
desde el principio de los fuegos,
responden, ya despiertas,
y a tu pasar entreabren,
solidarias, memorias de volcanes,
olores de jacinto, sonos de azucena,
llantos, plegarias, himnos de ónice,
revelaciones visionarias
si Jacob sueña
tendido bajo los pilares del viento.
Convergamos
en que todo está haciéndose;
entre sístole y diástole, no siendo;
sostenido, quizás, en el instante,
por los pilares del viento.

Otro de los pilares del viento es el poeta y
quizá el poema mismo. No hay aquí la preten-
sión horaciana del *Non omnis moriar. Oficio
de poeta*, es la expresión de una poética que
exige el compromiso del poeta con el mejora-
miento del mundo, con la lucha del hombre
por conquistar la luz. No es una poética de la
poesía o del lenguaje. Nada, pues, de romanti-
cismo en este sentido:

Tenza, hasta pasar a otra ribera,
abonaré del hombre la simiente.
Un día se alzará resplandecientemente
a nuevo sol, su espiga verdadera.
Aquí en los surcos de hoy, bajo la fiera

boca del lobo, bajo el inclemente
turbión nos duele el pecho y se resiente
el llanto, hasta su lágrima postrera.
En nuestro lote de hoy duro y oscuro.
Mirad, de aquí cosecharé el futuro
íntegra nuestra sangre, útil, esbelta,
vuelta a vino de luz en la uva cierta.
Bébanla nuestros hijos largamente.

El canto del poeta perdurará; pero no por
su eternidad, sino por el amor y la solidaridad
del hombre.

Mañana -entonces no estaremos-
se acogerá este canto
al que sabe de amor y es solidario
del pasajero,
bajo los danzantes pilares del viento.

Completan esta parte del poemario algunas
composiciones sobre temas frecuentes en la
poesía de don Carlos. Son exhortaciones poéti-
cas por la paz y la poesía, y contra la guerra.
Imágenes de la pobreza y de la condición
todavía humillada y degradada de una gran
parte de la población del mundo.

"Cuadernos de dictado" es la segunda parte
de *Pilares del viento*; está formada de poemas
que son expresión de momentos determinados
y únicos de la vida interior del poeta, imáge-
nes, pues, de su mundo interior, intuiciones de
situaciones límite como la experiencia mágica
del niño en el bosque, que se poetiza en
"Sífide en la niebla".

.....
Acaricia los musgos
de los troncos añosos,
abre, para los nomos, palios
carnosos en los hongos;
o en la nave del cerrado horizonte
hiende la espuma gris,
con alegría de estrella de los mares,
Vaga,
volteado sigilosamente
al soplo de los aires
y en una grieta ojosa
del tronco de algún sauce
se esfuma,
se deshace.
Así soñe contigo
espíritu infantil,
aquella tarde
tus franquillos ojos-lagos.
de tus palabras simples y arcanas
perdidas en la niebla.
Para siempre perdidas
en la niebla
nacida de los árboles.

O bien, el motivo generador del poema es la intuición de lo vivido como pasado. Surge entonces el clásico *Ubi sunt*, pero no se pregunta por los Infantes de Aragón, sino por la propia experiencia vital. Es el caso del breve poema *Gris*, uno de los momentos de mejor poesía pura en *Pilares del viento*:

La tarde cierra, gris,
sus cortinajes.
¿Dónde, ahora, contemplas
tus soledades?
¿Dónde cae el perfume
de tu frente de ángeles?
¿Dan tus ojos
a qué muertos paisaje?
La tarde cierra, gris,
sus cortinajes.

Tres preguntas enmarcadas por una breve afirmación han bastado para la comunicación plena del hecho estético. Esta economía verbal es uno de los rasgos de la poesía de don Carlos, que unida a la sencillez y claridad configuran su estilo y lo destacan.

"Estrella vespertina" es la parte tercera de *Pilares del viento*; la conforma un grupo de poemas cuyo tema es la amada y su relación de solidaridad y amor plenos en un mundo en donde "el monte oscuro de la noche abre sus fauces de desdicha". Lo específico de estos poemas a la amada es ser ésta la realidad de una comunión infinita:

.....
tú me das luz de nido,
me levantas, un punto,
a la altura dulcísima
de la serenidad de ser contigo
comunión infinita.
Y como el árbol crepuscular
de fronda estremecida,
desde las raíces
y a pesar de lágrimas
y enconadas espinas,
a ti mi flor consagro y sus aromas,
y afirmo el bien
y canto la alegría!

Como bien se observa en esta breve cita, el dolor ajeno y la necesidad de afirmación en el bien y en la alegría orientados hacia el mundo son constantes de esta poesía, y lo fueron también en la vida de don Carlos en todas sus actividades.

"Salina de la mañana" completa, como cuarta parte, *Los pilares del viento*. Son doce poemas, doce composiciones del paisaje exterior, pero de un paisaje en el que se debate el hombre bajo la mirada expresiva de la admiración y afecto entrañable del poeta:

Mañana de la salina.
Vuelta del cielo al mar;
mar manso de los peces voladores,
¡mañana de sal!
Barcazas
con la proa picando arena
y la popa, meciendo el agua:
Un cielo de gaviotas blancas.
Con plantas azules resbala
sobre la sal, la mañana.
Pescadores desnudos
lanzan lluvias de escamas,
en torno al humo santo
de la hoguera en la playa.
¡Mañana de la salina!
¡Salina de la mañana!

Como en *Gris*, se trata de intuir una imagen de mundo, unificarla mediante una emoción y, al final, nombrarla con unas pocas frases, sólo las necesidades para constituir tal intuición en poema.

Pilares del viento es uno de los pilares de la obra poética de don Carlos Luis. El viento es la vida misma en infinito proceso de hacer y deshacer, de construir y destruir. Desde esta perspectiva se podría comparar con el viento del desierto en las rubayatas de Omar Kayam; pero en don Carlos Luis, esa vida viento es también la esperanza, la posibilidad de mejorar lo que es. Ese mejoramiento es claro. Se trata de elevar la vida y las condiciones de vida del hombre, de conducirlo del odio al amor; de la agresión a la solidaridad, y de la guerra a la paz. En esa acción encuentran sentido la vida misma y el destino superior del hombre en cuanto tal.

En *Hijo de la tierra* es más dura, más intensa la expresión del sentido terrenal del hombre, de lo que podría pensarse como su terrenalidad. Y la imagen poética misma se torna menos tersa, de aristas más agudas. Al tiempo que se reiteran los valores que mantienen al hombre en vilo y dan sentido a su quehacer tanto en lo puramente terrenal como en lo poético; pero lo poético también es adusto. El poeta no debe confundir su destino con el del hacedor de versos de entretenimiento:

YO NO SOY CONFITERO

¿Sólo versos de gozo? No. Ni sílabas contadas,
con gorgorito, al fin, de consonantes.
Codo abajo chorréame la sangre
en la fatiga de buscarme el alma.
Llamadlo, si queréis, vagar, locura,
juego pueril, reverso de los actos.
El verso tiene una raíz segura
como los robles, como el sol de mayo.
Desentrañar la luz es gran fatiga
y darle en comunión de pensamiento.
¿Repetiré la historia de la hormiga
y la cigarra? Demandadlo a otros.
¡No soy el confitero que prepara
fugaces dulces de conocimiento!

En el extremo de esta actitud, la poesía se concibe como pensamiento poético, no otra cosa puede ser lo que don Carlos llama "La voz estructurada en pensamiento".

Esto es lo crucial en el poeta y en el hombre:

CRUCIAL

Resistir, resistir y dar el hombro
a la fatiga. Mi Cristo es el asombro.
Vencer la cruz. Ponerle al viento
la voz estructurada en pensamiento.
Vivir en el amor y una reserva
de entusiasmo al vivir y al ave de Minerva.
Tener la misma llama, no la lumbre
de la antorcha gastada en servidumbre.
Lo que es, quiere que seamos contra el lodo
desintegrado en el eterno todo.
Dar el hombro a la angustia que tortura
en la acción y el símbolo. En la pura
compañía con los otros y, sin nombre,
reverenciar la inmensidad del hombre.

Es claro que este poema, "Crucial" es crucial en el libro, pues expresa tanto el pensamiento poético como su actitud filosófica y también una ética para la acción concreta.

Lo que es, es la vida y su extrema manifestación: el hombre, concebido como capacidad de creación, de amor y de inteligencia. De la afirmación de estos valores surge la voluntad de *ser* contra el lodo desintegrado en el eterno todo, esto es, contra el tiempo.

Cinco apartados forma *El hijo de la tierra*: "Entrada", "El desconocido", "Acopios intemperales", "Hijo de la tierra" y "Era una voz".

"Entrada" está constituido por un solo poema "Noche de todos los propósitos". Los propósitos están orientados hacia el destinatario y son como máximas para ser lo que se es y

serlo mejor. Se ha de ser sincero y claro en los actos:

Aunque cortes la rosa,
ha de ser siempre virgen
el beso de tu boca a otras bocas.
Las cosas esenciales,
el agua, el aire, espíritu del fuego,
la sal del mar,
la arcilla inconformada,
renuncian a las formas mancilladas.

Es evidente que de los campos semánticos y de sentido de estas cosas esenciales, aquí mencionadas, obtiene el poeta los contenidos y las formas con que configura e informa desde dentro tanto el paisaje como las criaturas que lo pueblan. De aquí la afirmación de su terrenalidad, en el sentido de esfuerzo, de trabajo, de lucha, de derrota incluso, pero sin dejar de lado nunca la esperanza y cierta ansia de afirmación en las generaciones del porvenir, su carácter utópico, pues. De aquí también que resulte fácil explicarse la definitiva orientación de don Carlos como maestro y toda su producción poética para niños. Parte del pensamiento del *Hijo de la tierra* es la afirmación de que el hombre del porvenir realizará lo que hoy es todavía pura esperanza. Precisamente el poema en cuestión se cierra con el poema "Mensaje", destinado al niño del porvenir:

MENSAJE

Niño del porvenir, a ti el mensaje
de mi paz, de mi amor, de todos los amores.
Serán en un momento
culminación de pueblos y edades;
la luz de ahora en nuestras viejas sangres
será más luz en ti,
nacida de tus madres.
Todos los que agonizan por construirte
con su propia subsistencia denodada,
se encomiendan a ti
en su esperanza.
¡Y ya somos en ti
mejores hombres
por tu amor,
el mejor de los amores

Otra de las respuestas, coherentes con esta visión del mundo y del hombre como creación de sí mismo reza así:

Establece tu lucha en lo mudable,
como el halcón que vuela a la tormenta
y crearás lo que aún no es,

siendo tú mismo
el halcón y la presa.

Y en un último imperativo, resultado lógico y poético de tal visión del mundo, tiene resonancia diversos contextos poéticos y filosóficos:

Baila en el viento,
una voz germinada y esparcida
tu semilla en la tierra.

La sección titulada *El desconocido* es una serie de poemas al trabajador anónimo de todos los tiempos, al soldado desconocido, al obrero, al picapedrero, al carpintero, al rebelde. Todo porque el hombre en su dimensión de trabajo, manual o intelectual se concibe como arte y ciencia. El, el hombre, es la ciudad todas del mundo y las claridades de la palabra, es en esencia quien nos hace crecer bajo su mano. Es el perenne padre en cuyas rotas rodillas descansan los niños a quienes abre caminos con su canto y sus lágrimas; pero es, sobre todo, el hacedor golpeado, herido por su propia hechura:

Es el sumo hacedor, tan destrozado.
Ved sus dedos, sus brazos, sus rodillas,
tundidos, en carbones, aplastados;
ved sus carnes majadas y heridas.

.....
En todo el hacedor se nos ha dado.
Esta estrofa de amor por mí escendida,
tiene su carne rota y difundida.

"Acopios intemporales", tercera sección de *Hijo de la tierra* nos brinda poemas que pretenden constituirse, quizá erguirse como imágenes estéticas dinámicas liberadas del tiempo. Son imágenes de un rostro, de un líder, de una gacela del bosque, de una flor o de la ciudad a la que se regresa, y también actitudes, resoluciones irreversibles, como la actitud por la paz, por el amor y contra el odio y la guerra.

Creo no exagerar al sugerir que algunos de estos poemas alcanzan la perfección de la poesía llamada pura de algunos poemas de Jorge Guillén, tal es el caso de poemas breves como "Rostro pétreo" o "La hija del bosque".

A LA HIJA DEL BOSQUE

Es una hija del bosque,
una hoja, una gacela;
como el agua reciente,
su belleza perfecta.

Beben mis ojos en sus manos
de amorosa prudencia.
Remansa el corazón, lo acoge
como una florecilla de la hierba.
En su gracia de brisa
en rama fresca,
se hace pura la llama
que en la sangre golpea.
Su cuerpo es oloroso y tibio
como el musgo y se deleita,
como el sol y la tierra,
en su propia inocencia.

El apartado cuarto da título a la obra, es el *Hijos de la tierra*. Es pescador, el alfarero, el triunfador, la tejedora, la arcilla primaria y elemental, es el hijo de la tierra que se presenta con esplendorosos dones para el porvenir. Viene del hombre y va hacia el hombre. Viene de la arcilla, del maíz y del sembrador de maíz, del indio:

Heme aquí, padre oculto,
uno entre millares,
después de siglos vivo,
puesto en ti el corazón
que se irá como el tuyo,
hacia mil hijos con su siembra.
Heme aquí reviviéndote,
constante, entusiasmado,
y alabando la obra de tus días
cuando tu mano puso
en la tierra el maíz,
pues desde entonces con el grano tuyo,
me hiciste en las entrañas
de tu pueblo
¡mi pueblo americano!

Era imprescindible que al final del poemario surgiera el tema del hombre americano como integración del indio en la obra del hijo de la tierra, antes de culminar el libro y su mensaje poético con la parte más personal: "Era una voz": la voz del padre, la voz de la madre, de la casi novia. En fin, es la voz de amor y de gratitud del hijo de la tierra entre los suyos más cercanos. Sin omitir lo esencial, lo modular en el maestro lírico: su radical entrega al niño. De aquí que el poema último del hijo de la tierra sea un mensaje al niño porvenir:

*Niño porvenir, a ti el mensaje
de mi paz, de mi amor, de todos los amores.*

Como se ha visto por este breve acercamiento a su creación poética. La poesía de don Carlos Luis no es sólo, aunque lo es, un sentimiento trasmutado en imagen estética,

